



## LA SEÑORA MARÍA

Hacía unos cuantos años que, cuando llegaba el buen tiempo, la señora María se iba a vivir al segundo banco de la plaza, muy cerca de la fuente, y protegida del viento por la estatua de un militar lleno de medallas y con cara de loco que, como muchos militares cargados de medallas, había matado a mucha gente.

Dos plátanos centenarios le regalaban un agradable fresquito cuando el sol del verano se empeñaba en abrasar la ciudad.

Ella, para agradecerles su generosidad, les acariciaba el tronco cada vez que pasaba por su lado.

A una pata del banco ataba un carrito de supermercado lleno de trastos que había ido recogiendo de aquí y de allá, y que hacían que se sintiese un poquito como en casa. Dentro del vestido se había cosido una bolsita para proteger las pocas cosas de valor que aún guardaba: un croqui de picar, una foto de cuando era pequeñaja en brazos de su madre y una cajita de música que desafinaba las notas de una canción de cuna que le cantaba su padre.

La señora María era una mujer muy culta.

Sabía de todo y, los días de buen tiempo, no era raro verla explicando cuentos a los gorriones y las palomas, a las cotorras y los mirlos e incluso a alguna urraca despistada, que la escuchaban con el pico abierto de par en par.

Los días de lluvia se hacía un cobertizo con una cortina de baño estampada con animales de colores: había cebras rojas con rayas blancas, elefantes amarillos, hipopótamos naranjas, cocodrilos lilas, leopardos verdes con manchas azules...

La Señora María los quería a todos.



Acurrucada en el banco, con la cortina por encima, la señora María les iba explicando mil y una historias.

Historias de cuando era peque e iba al colé o de cuando, unos años más tarde, empezó a trabajar como maestra en la escuela de Valverde o de...

Todos los animales la querían y ella estaba encantada.

Pero eso no era suficiente. Añoraba tener una persona a su lado que, con ternura, la ayudase a olvidar la soledad.

La gente evitaba a la señora María, aquella mujer que hablaba con los animales, que se enfadaba sin motivo alguno, que a veces chillaba y refunfuñaba, que pasaba muchos días sin lavarse, y que bebía más de lo debido para sobrellevar el frío, el hambre... y la tristeza.

Aquel día, Ennatu estaba jugando en el parque con su padre cuando escuchó un sonido extraño.

¿Qué había sido eso?, ¿el bramido de un elefante?

Por la noche le costó dormirse. El ruido que había escuchado tenía algo de intrigante que le causaba inquietud.

Al día siguiente, después del colegio, la curiosidad la arrastra hasta el parque.

Empezaba a chispear.

De una carrera llega cerca del lugar donde había oído aquel ruido misterioso.

Se para. Solo percibe su respiración entrecortada y el repiqueteo de la lluvia rebotando en la cortina de plástico decorada con animales estrambóticos.

¿De repente, oye unas voces que se escapan de debajo de la cortina! Haciendo caso omiso de la lluvia, Ennatu se acerca poco a poco, parándose a escuchar a cada paso.

¿De quién son esas voces?

¿Había salido de allí el bramido del día anterior?

¿Quién se esconde debajo de la cortina?

La prudencia la frena, pero una fuerza interior, que nunca había experimentado antes, la empuja hacia las voces. A punto de alcanzar su objetivo, se arrodilla procurando no hacer ruido. Desde tan cerca puede distinguir claramente una voz dulce explicando un cuento que acaba así...

«Y entonces un pequeño remolino hizo volar la cortina y la chica de piel morena se quedó boquiabierta al ver que, allí abajo, había decenas, centenares de animales de

todas las especies, de todos los tamaños y de todos los colores, escuchando a una anciana que les explicaba el cuento de María y Ennatu.

... Medio recuperada de la sorpresa la chica cerró la boca y se acercó a la anciana.

Le dio un abrazo.

Le acarició el pelo.

Le dio un beso.

Le dedicó unos cálidos mimos.

La mujer reía y lloraba, lloraba y reía. Todos los animalillos, del primer al último, pensaron que no había mejor final posible para el cuento y se pusieron a chillar de alegría.

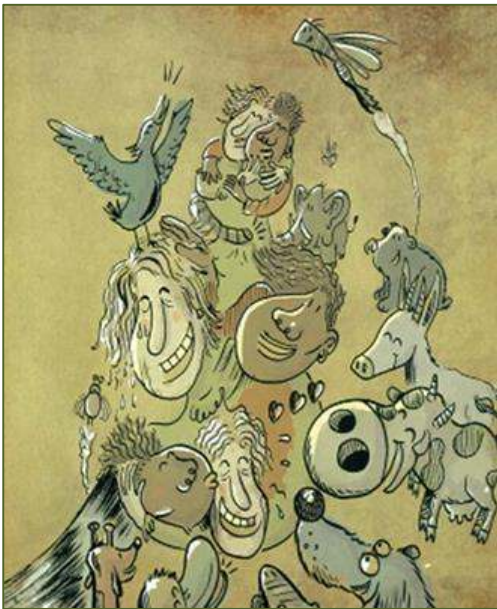
El parque se convirtió en un guirigay de silbidos, bramidos, rugidos, relinchos, arrullos, ladridos, pitidos, aullidos...»

Ennatu se frota los ojos con fuerza para comprobar que no está soñando. El cuento que ha salido de debajo de la cortina habla de ella: ¡coincide incluso en el nombre!

Se pellizca la mejilla. Deja correr las gotas de lluvia por su cuerpo. ¡Está más despierta que nunca!

De repente, un pequeño remolino se lleva consigo la cortina.

Y entonces, una vez recuperada de la sorpresa, Ennatu se acerca a María.



Le da un abrazo.

Le acaricia el pelo.

Le da un beso.

Le dedica unos cálidos mimos.

María ríe y llora, llora y ríe.

Todos los animalillos, del primero al último, piensan que no hay mejor final posible para el cuento y se ponen a chillar de alegría.

El parque se convierte en un guirigay de silbidos, bramidos, rugidos, relinchos, arrullos, ladridos, pitidos, aullidos...